

poco tiempo en ellas; pues como en aquella época se hacía uso de todas las partes de este animal en la farmacopea, había tantos cazadores furtivos, que en 1531 pidió protección el de Keutschbach á su señor feudal, el arzobispo de Salzburgo, quien tomó para sí el derecho de caza en 1584. Los arzobispos hicieron lo posible por evitar el exterminio completo de estos animales; cuadruplicaron el número de sus guarda-bosques; pusieron algunos en las rocas más elevadas, é hicieron coger varios pequeños para criarlos en los parques. Ochenta ó noventa de los más diestros y valerosos cazadores se ocupaban en coger, desde abril hasta junio, los que bajaban á los pastos al comenzar el deshielo; pero en tres veranos no pudieron coger sino dos machos, cuatro hembras y tres pequeños. Así pasó todo el siglo, durante cuyo tiempo los arzobispos enviaban estas cabras como regalo á las cortes extranjeras.

Por cada osificación del corazón se pagaba entonces un ducado, por un cuerno ocho francos y por un bezoar de gamuza dos francos aproximadamente: por este motivo en 1666 apenas se encontraba en el valle de Ziller un solo ibex, y había únicamente unas sesenta gamuzas; pero en adelante nadie pudo cazar á este animal sin permiso del arzobispo. Los propietarios de los Alpes recibían anualmente 375 francos á condición de que no enviaran su ganado á los pastos más elevados, donde vivían los ibex. En el año 1694 el número de machos existentes en la comarca arriba citada alcanzaba á 72, las hembras á 83 y los pequeños á 24; cuando comenzaron á reaparecer de nuevo los cazadores furtivos, se hizo coger á los animales para trasladarlos, venderlos ó regalarlos, de modo que en el año 1706 fueron cogidos los cinco últimos machos con siete hembras, no habiendo ya vuelto á aparecer de nuevo en lo sucesivo.

Según noticias tan fidedignas como exactas, se cree que los mismos obispos fueron parte á que no se multiplicaran los ibex y que últimamente dieron orden de matarlos. Cuando el arzobispo Guidobaldo, conde de Thun, el cual empuñó el báculo desde 1654 á 1668, supo por su médico Oswald Krems que algunas partes del cuerpo del animal tenían extraordinarias propiedades terapéuticas, estableció en Salzburgo una farmacia en la que se encontraban toda clase de medicamentos preparados con aquellas, los que hacía pagar á muy crecido precio. Su sucesor, Maximiliano Gandolfo, conde de Kühnberg, cuidó de estos animales á guisa de cazador aficionado, sin explotar la cría como pudiera hacerlo un ganadero, y no solo imitó su conducta Juan Ernesto, conde de Thun, quien ocupó tras él la silla arzobispal desde 1687 á 1709, sino que promulgó además para la protección de estos animales leyes sumamente crueles, de modo que bajo su arzobispado á los cazadores furtivos que podían ser habidos, se les cortaban las manos ó eran condenados á galeras. En su tiempo, como es natural, aumentaron en gran número los ibex en el Tirol y Salzburgo, de manera que en el año 1699 existían en el valle de Floiteu más de 250 individuos; siete años más tarde desaparecieron por completo, y el pueblo murmuraba que habían sido exterminados por la justicia eterna, la que había obrado así para de este modo castigar á los obispos por sus crueles é inhumanas leyes. Sin embargo, el pueblo se engañaba: lo cierto es que el arzobispo Juan Ernesto mandó aniquilar la caza, cuando vio que las severas leyes dictadas contra los cazadores furtivos eran causa de serias luchas entre estos y los guarda-bosques, y que las matanzas y asesinatos cobraban de día en día mayor incremento: en adelante no se vieron estos animales sino en los jardines zoológicos de esta comarca.

Con la misma rapidez que en las regiones de los Alpes hasta aquí mencionadas, disminuían también los ibex en las

meridionales, de modo que Zummstein se propuso con el mayor empeño tomarlos bajo su protección, y al efecto obtuvo del gobierno del Piamonte que se prohibiese su caza bajo las penas más severas, á favor de lo cual se le concedió que se conservaran estos animales, aunque en una zona muy reducida.

Tschudi dice en la séptima edición de su obra «Vida de los animales de los Alpes», publicada en 1865, que desde algunos años habían vuelto á aparecer estos animales en bastante número en el monte Rosa, donde por última vez se vieron en el año 70 del siglo pasado unos 40 individuos juntos, y que luego después no apareció ninguno en el curso de 50 años. «Hace unos 30 años, dice Tschudi, se creyó haber muerto los últimos ibex en las Agujas Rojas y picos de Bouquetin; algún tiempo después sepultó un alud á siete individuos cerca de Airola, y entonces se consideró que la raza quedaba extinguida; pero hoy, sin duda á causa de las leyes de caza rigurosamente observadas en el Piamonte durante 16 años, se ven manadas de 10 á 18 de estos animales en la vertiente sur del monte Rosa y sus ramificaciones.»

Los datos que acabamos de transcribir no son exactos, pues según informes publicados algunos años antes de que apareciera la citada edición de Tschudi, y otros más recientes que me suministró el conde Wilczek, se puede afirmar con toda seguridad que no existe en el monte Rosa manada alguna, y si tan solo se ven de vez en cuando algunos individuos dispersos. Véase en confirmación de esto lo que dice King en su obra sobre los valles italianos de los Alpes Apeninos, publicada en 1858:

«Interrogué en diferentes partes á personas dignas de todo crédito, y ninguna se acordaba de que hubiese aparecido ibex alguno en el monte Rosa y en sus cercanías; cuando hice mención del valle Tournanche se echaron á reír. Nadie mejor que el baron Peccoz y los Albesinis, los ricos y poderosos señores del valle Macagnaga, podían darme informes sobre el valle de Lys, y sin embargo, unos y otros me aseguraron de común acuerdo que no existía ya en aquella comarca ningún ibex. Este habita exclusivamente la cordillera de Graja y el elevado cinto de montañas cubiertas de nieve y hielo que ciñen los valles de Cogne, Savaranche, Grisanche y quizás Dignes, esto es, las altas y ásperas sierras que se extienden entre el Piamonte y Saboya; sin embargo, el sitio de su habitual residencia parece ser el pico de Grivola, de donde provienen todos los individuos cazados durante este siglo.»

Un corresponsal de la *Gaceta de caza*, probablemente el mismo baron Peccoz, el cual tiene en el valle de Lys vastas posesiones donde veranea todos los años para cazar la gamuza, confirma en el año 1864 lo dicho por King: «El ibex vive aun actualmente, dice, en el valle de Cogne y en el de Aosta en el Piamonte, á 18 horas de distancia del monte Rosa: solamente encuentra aquí este animal una morada, que no pueden visitar los cazadores, y que le ofrecerá sin duda seguro abrigo por espacio de mucho tiempo. La región en que con más frecuencia aparece, son los valles secundarios de Cogne, La Gombe de Lila, Lauzon, Granval, La Rossa, La Grivola, Punta de l'Oeille y los ventisqueros de Champorcher, que forman los límites de Cogne; aparece tan solo raras veces en el valle de Locana y en Cerisola, y nunca en los territorios de Saboya, por más que muchos digan lo contrario.» De las noticias suministradas por el conde Wilczek, muy conocedor de la orografía de su país, el cual fué invitado por el rey de Italia en 1874 á cazar el ibex en el valle de Cogne, se desprende que nada ha cambiado en el último decenio sobre el particular. «El ibex, me escribe el hábil cazador, se encuentra hoy tan solo en tres valles, que

se extienden al suroeste del de Aosta, á saber: Cogne, Savaranche y Grisanche; en la vertiente meridional del monte Blanco vaga errante tan solo una vieja hembra, que ha podido hasta ahora escapar de la persecución de los suizos; en el monte Rosa y en las regiones septentrional y oriental del valle de Aosta los ibex han sido completamente exterminados.»

Basta, pues, lo dicho para probar que los datos de Tschudi carecen de exactitud.

Los individuos extraviados, según pudo observar Wilczek, no son del todo raros, y se les encuentra á veces á bastante distancia del punto de su residencia; así, por ejemplo, un cazador de gamuzas halló en el año 1874 un macho de grandes proporciones en las montañas que se levantan cerca de Nauders, en los confines del Tirol y la Suiza. Una circunstancia singular prueba que estas largas excursiones de los viejos machos, que viven solitarios, son más frecuentes de lo que hasta ahora ha podido creerse: en todos los sitios más elevados de los Alpes, límites de la morada del animal, óyese de tiempo en tiempo referir por cazadores y montañeses, tan verídicos como intrépidos, que encontraron, generalmente en los sitios más peligrosos, al diablo en persona, el cual les había interceptado el paso, tratando de arrojarlos en lo profundo de alguna sima, pero que, al fin, les había dejado el paso franco, etc., etc.; sin embargo, si se observa más de cerca y con mayor detención la aparición fantástica, se transforma en un ibex de gran tamaño, al que no queda de real más que sus centelleantes ojos. El que se haya confundido el ibex con el diablo, se explica por el hecho de que en el coto existente en el valle de Cogne se llama un gran diablo, *un grand diable*, al viejo ibex en general, y el gran diablo, *le grand diable*, á uno en particular.

Debo observar aquí que la conservación del ibex hasta nuestros días es debida en un todo al rey de Italia, Víctor Manuel, el cual, como notan los señores Lessona y Salvadori, editores de la excelente traducción italiana de la primera edición de mi obra, puso desde el principio de su reinado grande empeño, no solo en impedir el total exterminio del animal, sino también en favorecer su propagación. Según el arribado citado corresponsal de la *Gaceta de caza*, los municipios de Cogne, Savaranche, Champorcher y Bomboset en 1858, y el de Courmajeur en 1863, cedieron en absoluto al rey de Italia el derecho de cazar la gamuza y el ibex en la cordillera del monte Blanco desde el collado de Ferrex hasta el de la Seigne, y desde entonces tuvo Víctor Manuel un lugar á propósito para la cría de estos animales, donde con dificultad pudieron penetrar los cazadores furtivos y ladrones de todas clases. Según refiere Tuckott, miembro de la asociación alpina inglesa, encuéntrase en cada valle y en cada coto del dominio de S. M. unos rótulos, por los cuales se advierte á los viandantes que está vedada la caza en aquellos contornos. En los principales pueblos de Cogne, Campiglia, Cerisola y Savaranche hay dos guarda-bosques, los cuales están á las órdenes de un jefe residente en Cogne y ejercen cuidadosa vigilancia en todos los cotos del rey, á causa de lo cual van multiplicándose allí más y más cada día los ibex, de modo que, según Wilczek, el número de ellos asciende de trescientos á quinientos.

No puedo afirmar con entera seguridad si en otro tiempo habitaron los ibex más allá de los Alpes, y si tan solo observaré que, según testimonio de varios cazadores y naturalistas de Transilvania, había vivido en otra época en las cordilleras de este país, si bien ya á fines del siglo anterior fué completamente exterminado, y lo prueba el que varios labriegos habitantes de aquellos elevados valles conservan todavía cuernos del animal, de los que hacen, sin embargo, escasa estima. Mi hermano Reinaldo encontró también al ibex, ó

una especie muy parecida al mismo, en la parte occidental de los Pirineos, y me dice que vio asimismo un individuo procedente de esta cordillera en el museo de Madrid; estos datos de mi hermano quedan confirmados por un francés educado en Alemania, el señor de Coutouly, quien me asegura que vio ibex recientemente muertos en los Pirineos, los cuales se distinguían por sus cuernos encorvados hacia atrás y cubiertos de pliegues anulares. Este mismo señor de Coutouly, entusiasta cazador de gamuzas, tomó una vez parte en una cacería dirigida por mi hermano y quedó no poco admirado de ver en los cabrios muertos en la sierra de Gredos animales enteramente diferentes de los de los Pirineos, llamándole también mucho la atención la forma especial de sus cuernos.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Estos animales forman reducidas manadas, de las que viven alejados los machos viejos, excepto durante la época del celo. «En verano, me escribe el conde Wilczek, viven generalmente los viejos machos en las alturas y desfiladeros más escarpados y ricos en pastos, que son inaccesibles para el hombre, eligiendo con preferencia los lugares sombríos; en invierno, al contrario, prefieren vivir en regiones más bajas.» Las hembras y los individuos jóvenes eligen sitios menos elevados, y es en ellos tan marcada la tendencia á vivir en las alturas, que tan solo la falta de alimento ó un frío excesivo puede obligarles á abandonar su morada predilecta. Muéstranse insensibles á los fríos más rigurosos; pero no sucede lo mismo con los calores intensos, los cuales parecen serles en extremo desagradables. Según Bertoldo de Berghem, cuyos datos sobre la vida de este animal han pasado á casi todas las descripciones y gozan todavía hoy de grande estima, los machos mayores de 6 años habitan las crestas más elevadas; se alejan siempre más y más y llegan á ser tan insensibles á los más rigurosos fríos, que se ha visto á algunos de ellos permanecer horas enteras sobre una roca, fijos como estatuas, mientras que la tempestad rugía sobre sus cabezas, habiéndose matado individuos que tenían las orejas heladas.

Como las gamuzas, pacen también estos animales de noche en los bosques más elevados; en verano no se alejan casi nunca á más de un cuarto de hora de distancia de las altas cimas; al rayar la aurora, vuelven á subir de nuevo, y en invierno buscan los sitios más calientes y elevados de las vertientes orientales ó meridionales; después de medio día baja de nuevo la manada para poder pasar la noche en los bosques. Según comunicó á Tuckott un guarda-bosque del rey Víctor Manuel, se les ve con muchísima frecuencia antes de las seis de la mañana y después de las cuatro de la tarde; en el resto del día se tienden á descansar; no solo no cambian de pastos, sino que por punto general se les encuentra en los mismos sitios, y se sitúan con preferencia en una cresta ó cinto de rocas, que además de resguardarles por detrás, les permita descubrir un vasto horizonte. Cazadores dignos de crédito y muy experimentados aseguran haberlos visto inmóviles en un mismo sitio durante varios días, y confirman este dato las observaciones practicadas en individuos cautivos: véase á propósito de esto lo que dice Mützel, el cual durante los diez días que permaneció en el parque de Schenbrunn para dibujar á los ibex allí cautivos, pasó observándolos diariamente algunas horas. «Lo que más me llamó la atención en estos animales, dice el artista, fué su amor al orden: parece que ellos mismos se han dictado ciertas leyes y que tienen especial complacencia en observarlas rigurosamente. En los individuos cautivos de Schenbrunn se daba á conocer esta tendencia al orden, ocupando cada uno de los individuos más viejos casi siempre el mismo sitio, así para descansar como para comer: en las altas tapias que cercaban el coto veíase siempre á eso

del mediodía y bajo los rayos de un sol abrasador ocupar igual puesto los mismos machos, y una hembra, la cual era muy fácil de distinguir entre los demás. Levantábanse con frecuencia para ir á comer un puñado de heno ó para observar á los que venían á visitarles; si durante este corto intervalo uno de los mas jóvenes pasaba á ocupar la yacija hundida en forma de hortera de otro mas viejo, levantábase en seguida no bien se apercebía de la presencia de este y pasaba á echarse en otro sitio inmediato, sin hacer el menor caso del vecino, á quien por un momento había usurpado el puesto, lo cual prueba que no había abandonado este por miedo, sino para respetar el derecho ajeno. Había tambien dos hembras que con sus pequeñuelos ocupaban constantemente el mismo puesto en un monton de piedras levantado junto á la verja del parque: una y otra estaban echadas siempre sobre la misma piedra. En el pesebre, los dos machos mas viejos ocupaban los extremos, al paso que los mas jóvenes juntamente con las hembras estaban en medio. La postura de estos animales cuando están echados, revela la mayor atención y vigilancia: por lo comun tienen las piernas posteriores colocadas debajo del cuerpo, como en actitud de emprender una rápida fuga; tan solo una vez vi á un macho descansar con dichas piernas extendidas: una de las delanteras se extiende casi siempre hácia adelante y la otra está doblada, siendo muy raro el que ambas se presenten extendidas. No hay que decir que me llamó en extremo la atención esta actitud adoptada por los machos en tanto que estaban dormitando. Cuando querían tomar una posición cómoda, arrimaban el hocico junto al pecho, y dejando caer la cabeza con todo el peso de sus cuernos hácia adelante, se colocaban de tal modo que la parte inferior de estos, la testera y el dorso de la nariz estaban tocando al suelo: al menor ruido levantaban al instante la cabeza y la dejaban luego caer otra vez en la misma posición. Parecíame esta postura tan original y extraña, que no me cansaba de visitar varias veces el coto durante el día para cerciorarme de nuevo de que los ibex no habían tomado otra.»

Ningun otro rumiante puede competir en destreza con los cápridos en general y los ibex en particular para trepar por los mas escarpados montes. «Nadie, á no ser que lo haya presenciado, dice el viejo Gessner, puede creer en la extraordinaria rapidez y extensión de los saltos que da el ibex al pasar de una á otra roca: ninguna cresta es tan elevada que no pueda ganar su altura, con tal que presente alguna aspereza, hendidura, grieta ó agujero donde poder cogerse con sus pequeñas uñas hendidas; pocas veces se encuentra un peñasco á tanta distancia de otro que no pueda franquearlo de un solo salto.» Todos los observadores convienen de comun acuerdo en la exactitud de esta descripción. Los movimientos de este animal son notables por su vivacidad, fuerza y soltura; su carrera es rápida y sostenida; trepa con una ligereza increíble; corre por la superficie de las peñas con una facilidad asombrosa, y no es menor su seguridad y aplomo cuando anda por sitios donde apenas encuentra espacio bastante para sentar el pié. La menor desigualdad, que el hombre con dificultad distinguiría, le ofrece un punto de apoyo; una hendidura, grieta, agujero, etc., son para él otros tantos escalones, y sienta con tanta seguridad sus cascos, que le basta el menor espacio para sostenerse. El conde Wilczek confirma estos datos con las siguientes palabras: «El vigoroso ibex, dice, es el mas hermoso animal de caza que he visto en mi vida: los movimientos de su cabeza tienen la misma dignidad que los de la del ciervo, y en cada uno de ellos describe un ancho arco con sus grandes cuernos. Su aptitud y fuerza para saltar son fabulosas: una vez vi á un ibex y una gamuza emprender la misma direccion; esta se-

guía una marcha tortuosa y saltaba de derecha á izquierda á la manera de un ave que va revoloteando; el primero, por el contrario, se precipitaba en línea recta como una piedra que cae, y vencía todos los obstáculos con la mayor facilidad. En rocas casi perpendiculares la gamuza debe avanzar rápidamente y franquearlas, como quien dice, al vuelo; pero el ibex tiene los cascos tan flexibles que se desliza á lo largo de su pared inclinada con mesurado paso, y puede de este modo recorrer en tales sitios muchas toesas de extensión: yo le vi un día cogerse á las grietas de una peña, y estaban de tal modo dilatados sus cascos, que el pié abarcaba una superficie tres veces mayor que de ordinario.» No son menos admirables los movimientos de los ibex cautivos que los de los libres, y se puede asegurar con Schinz, que los primeros alcanzan siempre con extraordinaria seguridad el sitio donde han fijado la vista.

En Berna saltó un pequeño cabrito alpino domesticado sobre la cabeza de un hombre muy alto y se sostuvo en ella con sus piés; otro conservó el equilibrio en lo alto de una puerta, trepando luego á un muro vertical, sin mas punto de apoyo que las desigualdades producidas por el desprendimiento de la argamasa. En tres saltos llegó á lo alto de la pared, colocóse enfrente del sitio que se proponía alcanzar, examinóle un rato, dió algunos pasos cortos é iguales, volvió al mismo sitio, apoyóse sobre sus patas, como para probarlas, y dando luego tres saltos, se plantó en la cima.

Igual agilidad y destreza mostraron en diferentes ocasiones los individuos cautivos en la casa imperial de fieras de Schoenbrunn, cuando á favor de un ángulo muy obtuso formado por dos paredes, se proponían ganar lo alto de un muro de mas de tres metros de elevación; saltaban de una pared á otra volviéndose á cada uno de sus saltos, y consiguieron, al parecer sin ningun esfuerzo, llegar al punto propuesto.

Cuando este rumiante salta, parece que no toca las paredes ni las rocas; al verle brincar así, diríase que es una pelota. Cuando se le persigue por los glaciares, aunque siempre procura evitarlos, corre mas fácilmente que la gamuza; atraviesa los abismos y precipicios con la mayor seguridad; salta retozando de roca en roca, y se lanza desde las mayores alturas, sin vacilar.

Los antiguos naturalistas han atribuido á esta cabra facultades sorprendentes: muchas de sus fábulas se han transmitido de generación en generación, y aun hoy día son admitidas por el vulgo como moneda corriente. Gessner, por ejemplo, cree que este animal cae sobre los cuernos cuando salta desde una roca, ó que se sirve de ellos para detener en su curso las piedras rodadas que podrían herirle. Dicese, además, que cuando ve próxima su muerte, sube á la cima mas elevada, apoya sus cuernos sobre una roca y traza con ellos un círculo hasta que se desgastan del todo, en cuyo momento cae sin vida.

La voz de este rumiante se asemeja á la de la gamuza; produce, como esta, una especie de silbido, pero algo mas prolongado; cuando se espanta deja oír como un estornudo, y si le domina la cólera emite un resoplido nasal: los pequeños balan.

El olfato y la vista son los sentidos mas perfectos; su oído es tambien muy bueno, y no está mal dotado respecto á inteligencia. Este animal es tímido, prudente y grave; reconoce bien pronto el peligro que le amenaza, y por lo mismo es imposible casi acercarse á un macho viejo. En resumen, estos animales se asemejan á las cabras por sus costumbres; pero son mas serenos, si bien parecen inclinados, como ellas, al retozo y la lucha, particularmente cuando tienen poca edad.

Evita los animales peligrosos, y trata con orgullo y con desprecio á los mas débiles; huye de todo contacto con las gamuzas, manteniéndose siempre lejos de ellas; mézclase, por el contrario, con la cabra doméstica, como si conociera instintivamente el estrecho parentesco que les une, y se aparee con las mismas sin dificultad.

En sitios seguros y poco frecuentados por el hombre, el ibex sale al pasto antes y despues del medio día; por el contrario, en aquellos donde teme ser molestado, se le ve pacer tan solo á las horas del crepúsculo y á veces tambien por la noche. Aliméntase de las mejores plantas de los Alpes, de yerbas, retoños, brotes y hojas de los árboles, especialmente del hinojo y del ajeno, tomillo, retoños de los sauces enanos, trébol y retama; en invierno y durante el mal tiempo come tambien yerba seca y líquen. Gústale en extremo la sal, y visita con frecuencia los sitios donde esta se encuentra; complácese tanto en lamer la que cubre ciertas rocas, que á veces llega á olvidarse de lo que exige su propia seguridad, y para expresar el placer que en ello experimenta, emite de vez en cuando gritos extraños, que pueden oírse á larga distancia.

El periodo del celo comienza en el mes de enero, y con él las furiosas luchas de los machos: caen uno sobre otro; levántanse apoyados sobre sus piernas posteriores; tratan de darse cornadas de lado, y el choque de sus cuernos es repetido por los ecos de la montaña. A veces son peligrosas estas peleas á causa del sitio donde se verifican; y mas de un joven macho pierde en ellas la vida. La hembra se va con el vencedor, y cinco meses despues, á fines de junio ó á principios de julio, pare uno ó dos hijuelos, que tienen poco mas ó menos la talla de un cabrito; le limpia y le lame muy bien y se lo lleva consigo. El recién nacido es un animal muy bonito; está cubierto de un pelo lanoso; hasta el otoño no aparecen los pelos largos y sedosos. A las pocas horas de nacer es ya tan montaraz y atrevido como su madre: esta le cuida con solicitud ternura, lo conserva limpio lamiéndole á menudo; lo conduce, bala afectuosamente cuando le da de mamar, se oculta con él en una caverna, y solo le abandona cuando el hombre le parece demasiado peligroso, y debe salvar su propia vida, necesaria para su hijuelo. Refúgiase en los sitios mas escarpados, en los parajes mas impracticables; y en cuanto al pequeño, se oculta detrás de una piedra y en la grieta de una roca, donde permanece inmóvil con la vista y el oído atentos. Gracias á su color gris, que se armoniza con el del centro que ocupa, escapa fácilmente á las miradas, hasta el punto de que ni aun los ojos penetrantes del halcón pueden reconocerle.

Apenas pasado el peligro, vuelve la madre á donde se halla su pequeño, y cuando tarda, sale este último de su escondite, llama á la hembra y se oculta de nuevo. Si la ve muerta ó herida huye al principio poseído de espanto; pero retrocede despues, y permanece largo tiempo inconsolable y triste en el sitio donde la perdió.

Lo mas curioso es, que cuando la madre vuelve herida en busca de su hijuelo, este corre hácia ella gozoso, mas apenas percibe el olor de la sangre, emprende la fuga, y ninguna caricia basta para detenerle: lo mismo se observa en otros rumiantes.

En caso de peligro, defiende la madre á su hijuelo: Fournier, el famoso cazador del Valais, vió una vez seis hembras que pacían con su prole: cerníase una águila sobre ellas, y apenas la divisaron, se reunieron con sus hijuelos debajo de unos cintos de roca, y amenazaron con sus cuernos al ave de rapiña, guiándose por la sombra que proyectaba en el suelo. Despues de haber observado aquella lucha largo tiempo, Fournier puso fin á ella, asustando al águila.

Sabido es que este rumiante se aparea fácilmente con las cabras domésticas, sus mas próximos congéneres, y producen mestizos, los cuales son á su vez capaces de reproducirse. Estos cruzamientos tienen tambien lugar en los individuos que viven en estado libre: segun Schinz, dos cabras que durante el invierno fueron enviadas á las montañas del valle de Cogne, en la primavera próxima regresaron preñadas á casa de su dueño y parieron al poco tiempo ibex mestizos. Así en Schenbrunn como en Hellbronn, se aparearon repetidas veces ibex de pura raza con cabras escogidas al efecto; los mestizos que resultaron eran fuertes y vigorosos, mas parecidos, por punto general, á los primeros que á las segundas; sus cuernos ofrecían una singular semejanza con los de aquellos, y en cuanto al color, unas veces tenían el del padre y otras el de la madre. Dichos mestizos, apareados con la cabra alpina, produjeron otros que se parecían mucho mas á esta, y los que resultaron de la mezcla de los individuos de la segunda generación con dicho rumiante, produjeron hijuelos, que apenas diferían de él.

Varias son las causas que influyen en que los ibex se multipliquen con mucha dificultad, aun en aquellos lugares en que están mejor cuidados. Excepcion hecha del hombre, tiene que temer muy poco de otros enemigos: únicamente las grandes aves de rapiña, particularmente el águila y quizás tambien el buitre, pueden ser peligrosas para los pequeñuelos, segun se desprende de lo observado por Fournier; pero gracias á la celosa vigilancia de la madre, apenas logran nunca apoderarse de ellos: los machos viejos pueden tambien algunas veces ser presa del lince, del lobo y del oso, si bien no ha podido nunca observarse que hayan sido atacados por estos carnívoros. Mucho mas peligrosos que todos los enemigos citados son para el ibex lo inhospitalario del lugar y la crudeza y rigores del clima durante el invierno y la primavera: segun Wilczek, en el valle de Savaranche pierden cada año la vida muchos individuos sepultados por los aludes, y la gran mayoría de ellos son viejos machos, que parecen desafiar el peligro con mayor atrevimiento que los pequeños, los cuales son por otra parte mas tímidos y prudentes. Obsérvese además que la hembra pare tan solo un pequeñuelo cada dos años, no dejándose cubrir por el macho en tanto que aquel mama, ó bien va en su compañía, y entonces se comprenderá mejor lo que hemos dicho arriba tocante á la lentitud con que se propagan estos rumiantes.

**CAZA.**—El mas temible enemigo del ibex es sin duda el hombre: los cazadores furtivos y labriegos le hacen una guerra sin tregua; estos le persiguen atraídos por el cebo de la ganancia, y los primeros por los grandes peligros que ofrece una caza vedada aun hoy día por las leyes. Probablemente no hay nada mas difícil y peligroso que emprender en los Alpes la caza del animal al modo que lo hacen los cazadores furtivos, sin la competente autorización; todos aquellos peligros que nos dice Schinz ofrece la caza de la gamuza, son insignificantes comparados con los que acompañan á la del ibex: á causa de lo raro que es este rumiante, el cazador tiene que permanecer de ocho á catorce días lejos de toda vivienda humana, allá en lo alto de la montaña, quedarse las mas veces al descubierto, ser blanco del frío y de la nieve, de la sed y del hambre, de la niebla y de la tempestad, pasar varias noches consecutivas tendido sobre los duros peñascos, faltar de todo abrigo y expuesto al viento glacial que sopla en aquellas alturas, y con mucha frecuencia despues de largas y rudas pruebas tiene que regresar á su casa sin haber podido matar ninguna pieza. Si el cazador es afortunado y consigue apoderarse de esta, no terminan, sin embargo, con ello sus fatigas: segun Tschudi, vacía primeramente al animal para disminuir el peso; le ata sólidamente la cabeza y las piernas;